

## ESTUDIOS

### Las dos enseñanzas de la música

FEDERICO SOPEÑA

*De la Real Academia de San Fernando  
Catedrático del Conservatorio de Madrid*

#### I

#### La música en la enseñanza

Más que una reforma de las enseñanzas musicales en los Conservatorios, con ser tan urgente, se necesita un espíritu, un clima en torno a esa misma enseñanza. Debemos partir de la trascendencia que tiene cada una de las grandes ramas de la enseñanza musical: la que hace «profesionales» de la música y la que responde al antañón concepto de «clase de adorno». Dos diversas formas de enseñanza que «socialmente» importan, porque de la primera, del profesional de la música, depende una gran parte del espectáculo, y hoy ya puede hablarse de «política del espectáculo» —casi ministerio en algunas partes— con su importancia social y, además, con todo un aparejo administrativo donde el músico tiene todavía más palabra que puesto; de la otra enseñanza depende algo que es distinto y mayor que el «adorno», pues, por una parte, puede formar una minoría importante de aficionados y, más al fondo, un capítulo esencial en el refinamiento de la sensibilidad. Dejemos a un lado, aun siendo reales, todas las posibles aplicaciones de la música al mundo del trabajo y también su función terapéutica, y despojados también del tópico de la música «amansadora» insistimos en esa capacidad de hacer más bella la sensibilidad. Dirá una tradición tan vieja como Pitágoras que la música es el arte más espiritual de todos, pero otra, más vieja aún, porque tiene fecha del primer cuerpo del hombre, dirá, y con razón, que la música es el arte más corporal de todos, porque sólo con él sentimos movernos desde dentro. ¿Antinomia? No: la música rige primariamente ese mundo que en

la división tripartita de Ortega —vitalidad, alma, espíritu— corresponde a lo emocional, a lo más trabado entre cuerpo y alma, muy personal, personalísimo, pero a la vez base inevitable del diálogo amoroso.

Empezaremos por el segundo aspecto, el más extenso, el que arranca desde la música y que sigue como compañía durante toda la vida, porque es inseparable y fundamental en ella: el ocio que se escoge. «El ocio que se escoge»: una de las más espantables realidades del mundo de hoy es el doble, pero inseparable, aspecto de la pasividad y de la masificación del espectáculo, la triste, casi inevitable, alienación de ese rincón donde siempre pudo refugiarse la libertad.

#### ACTIVIDAD Y PASIVIDAD

Antaño, todavía lo he vivido yo, cuando se iba por las calles estrechas y viejas, no era raro que hasta ellas llegara el eco de pianos en escalas, arpeggios, estudios y «piezas», porque tocar el piano, aunque fuera sólo un poco, aparecía como inseparable de la educación, del «adorno», como antes se decía. Hoy todo esto es casi olvido. No podemos desdeñar el inmenso beneficio que para la extensión de la música ha supuesto el disco, beneficio cuyo primer capítulo está, sin duda alguna, en haber hecho de la música, como del libro, compañía de la soledad, abierta a las diversas horas y tiempos del alma. El peligro reside,

sin embargo, en lo que temprana y agudamente señaló Strawinsky: en la fácil pasividad, en el oculo sin participación, sin hacerse personal. Por esto, en toda la línea de la formación de la sensibilidad musical es necesario crear la «técnica de la participación» personal, incluso para el mismo disco.

### LA MUSICA EN LA ESCUELA

Al niño no se le va a dar una lección de estética sobre la belleza del paisaje, pero sí debemos buscar que en el parque, en el jardín, necesite «biológicamente» de lo que, siendo juego, será más tarde contemplación de la belleza. Pero esa realidad de parque, de jardín, de pájaros, de agua, es absolutamente necesaria; no se «aprende» la belleza: se mete en la sangre, haciéndola inseparable del mundo del niño. Ocurre algo parecido con la música: no como «arte», sino como necesidad y como juego, hay que insertarla en la niñez. En la etapa del *Kindergarten*, la música, como el jardín, deben ser «biológicamente» necesarios. Entonces, y más tarde, ocupa un lugar muy importante la «canción». Hay, naturalmente, un especial folklore infantil que apunta hacia la educación del sentimiento, pero que no menos puede ser «auxiliar» de ciertas materias que más tarde serán asignaturas, pero que son también «sensibilidad», como, por ejemplo, la Geografía, lo que llamará Unamuno «el conocimiento de la Patria abrazando su cuerpo», y que puede recibir una muy honda ayuda de la canción popular. Está también la iniciación litúrgica de los niños a través de la canción religiosa sólo para ellos. Tiene esto último una gran importancia «pastoral». Llevo insistiendo muchos años en la necesidad de matizar eso de la «misa familiar»; hasta la adolescencia es mejor que los niños tengan «su» misa en el colegio, en la escuela, preparada para ellos, con predicación y con música especial, o que la parroquia tenga esa misa de niños a la misma hora que la de los padres, pero en capilla aparte.

Especial significación tiene la música en el mundo del deporte infantil; éste, con música, con canción en corro o en salto, se hace no menos esforzado, pero sí con otro orden. Piensen en que el deporte específico de la niña, la danza rítmica, indica, con sólo su nombre, la inseparabilidad de la música «especial». Es importantísima la canción, pero no basta; hoy, en Alemania, incluso en las escuelas para obreros, el aspecto de la sensibilidad para los instrumentos a través del método de Orf, interesa cada día más. Con sólo la canción en el alma no basta, porque luego, en el mundo del concierto, del teatro, de la música de baile, el aspecto instrumental es decisivo y porque, además, es la batalla de la sensibilidad contra el ruido.

La enseñanza musical en la escuela tiene que ser dada a todos los niños. Es necesario educar

técnicamente el oído, porque tener buen oído es mañana riqueza de vida; es necesario zahirar posibles vocaciones de música que se manifiestan, precisamente, a través del oído excepcionalmente dotado; es indispensable que, tanto en el aspecto coral como en el instrumental, se insista en la solidaridad. Formación de una «memoria del oído» unida a memoria del corazón. En los países de vida musical muy entrañada, como Inglaterra, es muy frecuente al leer novelistas encariñados con la niñez como clave, Baring, por ejemplo, encontrarnos tanto con el parque como con la música en función de «paisaje y música de fondo» para la amistad; como ese mundo de la niñez es mundo de coeducación, no será raro tampoco que algún amor grande hunda precisamente sus raíces allí. No olvidemos tampoco que el teatro infantil, forma necesaria de solidaridad, el indispensable ejercicio de la memoria que puede ser la recitación, tiene en la música un inestimable apoyo.

En este capítulo, como en todos, hay que insistir en la insuficiencia de la escuela, si el mundo de la casa, del hogar, no hace compañía. Por eso la nueva técnica, bien refinada, de la música para la primera enseñanza debe incluir una cierta dirección, un cierto aprendizaje hacia los padres; de poco serviría fomentar una muy bella y especializada música infantil si la casa, a través del ruido, del disco y de la radio lleva empecinadamente la contraria. Por fin, la Televisión ha creado el típico, bello y peligroso «espectáculo» para la niñez, donde las dosis de aprendizaje, de juego y de simple contemplación divertida deben ser atinadamente repartidas. Claro que todo esto puede parecer utópico sin un verdadero desarrollo económico, sin un auténtico crecimiento del nivel de vida, no olvidando que, supuesta esa elevación, siempre será necesario un «más» de dedicación y de medios en la aplicación a la escuela. El desarrollo tiene el peligro de la masificación y el desarrollo tiene su «riesgo», que es necesario afrontar, en un cultivo especialmente intenso de la personalidad desde la niñez, y hay que aceptar un fructífero, quizá dramático, choque entre la educación para la libertad en el oculo y esa masificación que, económicamente, parece inseparable del desarrollo. Ya sería mucho, muchísimo, educar la libertad como inseparable del oculo; ganar esa batalla, en un mundo que busca dos días de descanso en la semana, sería importantísimo, pero depende en grandísima parte de la niñez.

### LA MUSICA EN LA ADOLESCENCIA: BACHILLERATO

La aparición y la constancia de la música durante la adolescencia tiene una importancia extraordinaria: es la edad en la que definitivamente se planta todo, y partiendo de la sensibilidad. Me basta un ejemplo, pero referido a lo que más

turba la adolescencia, a lo que tantas veces produce heridas incurables: al misterio del despertar, turbulento casi siempre, de la pasión sexual. No es sitio éste para plantear el problema llamado de la «iniciación en la realidad y en los misterios de la transmisión de la vida», pero sí para situar un par de acentos. Estaremos todos de acuerdo en que la «iniciación» no puede referirse a un presentar descarnado de simples realidades corporales; hacerlo así es herir de seguro y con muy profunda herida. Se trata de «iniciación en el misterio de la vida amorosa», del amor como entrega mutua, como entrega no del cuerpo solo, no del alma sola, sino de la «persona». Más; en la adolescencia no puede fijarse eso como afán ante persona determinada, sino como afán y nostalgia, como ímpetu y «primera tristeza» de eso que Salinas recuerda: el «que dos sean uno contra la eterna condena de la vida». Pues bien: la música europea, en su costado muy humano y muy misterioso a la vez, ha nacido, precisamente, de la tensión entre ese impulso y esa nostalgia, desde los trovadores hasta el mismísimo *Tristán*. Es el gran pasto de la sensibilidad para esos años, algo que ni la pintura ni la lectura pueden sustituir y que, si aparecen, es en función de lo que la música representa, como en el caso de Shakespeare.

La otra inseparable realidad, la corporal, también necesita de la música, y de manera que yo llamaría apremiante. No hay castidad, limpieza verdadera en lo instintivo, pasión encauzada, sin la violencia y el sacrificio que supone el deporte. Pero sólo el deporte, sin contrapeso, tiene el peligro de la barbarie, y la barbarie no hace castos. El deporte, el verdadero, el activo, debe ir combinado con una apertura «corporal» hacia la belleza; el deporte se alía biológicamente con el paisaje, el Arte inicia lo que debe tener de contemplación, y el paso de un polo hacia otro, indispensable incluso pedagógicamente, para las artes plásticas, está en la música viva, hecha, cantada y tocada. De aquí la importancia todavía de la canción coral, de aquí también la importancia de esas agrupaciones instrumentales —orquestina, rondalla, estudiantina—, inseparables del colegio como recreo, como fiesta.

Esta época de la adolescencia lo es, al menos en el campo de la sensibilidad, de «coeducación», y más con el crecimiento de la personalidad de la mujer. Y una «coeducación» de la sensibilidad va ligada, indisolublemente, con el «espectáculo». Hay cine o teatro para niños y para mayores; parte de uno y de otro sirve para adolescentes, y, por eso, prácticamente la solución es casi imposible. El carácter, conmovedoramente grotesco pero bien frecuente, del adolescente de pantalón corto y de la muchacha colegiala ballando en «guateques», para ellos viene de esa mezcla de infantilismo y de seriedad. Por eso y contra todo eso importa tanto la aparición del concierto como espectáculo, concierto que, en sí, no es demasiada misión de los colegios (la reciente expe-

riencia de la Sección Femenina, con sus conciertos sinfónicos de los sábados en el Monumental, es un ejemplo), pero preparado, sí, por ellos a través de la discoteca, de la charla.

Es de suma importancia que en esta edad y en el mundo de su diversión sean ellos muy protagonistas. Ahora es frecuente que en los colegios se llene la mañana del domingo con esas «revistas habladas», calco excesivo de la Radio-Televisión, cuya gracia está en que son ellas y ellos los protagonistas. Mejores serían si hubiera un grupo cuyas horas libres, supuesta una verdadera aptitud, se llenaran con música aprendida en serio, con profesores especiales. Ese grupo sería fundamental en cuanto educación para el espectáculo.

El sistema, bien llevado, es caro, y como en tantas cosas de la vida española, desde la escuela hasta la universidad libre, corremos el peligro de que lo «necesario», lo que es pan cotidiano en sociedades económicamente bien desarrolladas, se convierta aquí en irritante privilegio, en signo de lujo, en ahondamiento de las diferencias en el nivel de vida. En este sentido, la reafirmación ampliada de organismos centrales, con su discoteca completísima hecha pedagogía a través de los préstamos de cintas «preparadas» en música y charla, la obligación a todos los organismos subvencionados, orquestas y coros e incluso solistas, de entregar un tanto por ciento de su tarea a los institutos, a los colegios, sería el mejor medio, teniendo exquisito cuidado en plegarse a la iniciativa y a la personalidad de cada uno de los centros; así ha sido posible, por ejemplo, un modelo de estructura musical para la adolescencia como el que vimos y del que disfrutamos en el Instituto de Segunda Enseñanza de Pontevedra. Por muy central que deba ser el sistema y el instrumental, no deberíamos dudar en partir de esa experiencia de Pontevedra, periférica geográficamente, pero bien conocida en el mismo Madrid. Es una experiencia que prolonga su eficacia hasta la música religiosa. Valga un ejemplo: cuando quisimos organizar no unos «conciertos sacros» en la Semana Santa, sino una música bella y litúrgica para el culto, del cual la mayoría de los fieles eran universitarios, fué el coro de ese Instituto el que nos dió todo, desde los «tropos» litúrgicos del medievo hasta la «Pasión según San Juan», de Tomás Luis de Victoria.

Resumen: en la adolescencia se gana o se pierde la batalla de la educación amorosa, se gana o se pierde la batalla del ocio en forma de «espectáculo», los centros más sensibles y más amenazados de la libertad personal. Ambos mundos pasan por el puente de más difícil tránsito: el de la soledad, que la adolescencia tantas veces descubre, terriblemente, como aburrimiento y como pecado. Si quien tiene aptitud llena esa soledad con su piano, con su guitarra —la importancia, la gracia de este instrumento reside en su carácter «manual», en la facilidad de un primer aprendizaje en el que «ya algo suena»—, y quien tiene los dedos torpes busca para esa soledad el disco, la

batalla que depende de las raíces de la sensibilidad puede ser ganada. Y mañana la dignificación del espectáculo no será obra imposible, de unos criterios negativos de clasificación y de censura, sino «mercado» digno de grandes grupos a los que no divierte lo chabacano.

### LA MUSICA EN LA ADOLESCENCIA: ESCUELAS PROFESIONALES

Todo lo anterior, aunque de otra manera, vale para esa enseñanza, típica de nuestro tiempo técnico, y que lucha por hacer mínima la proporción y la psicología del peonaje: la enseñanza para el obrero especializado, la que aspira incluso a recoger verdaderas vocaciones dentro del mundo que iba a la misma Universidad a fracasar, siendo mediocre desde el principio; la enseñanza que puede dar lugar a esa «cuarta clase», capaz de heredar y de refrescar, de rejuvenecer, en la herencia, el innegablemente fabuloso mundo cultural creado en siglos a través de una mentalidad señorial o burguesa. Vitalizar esa herencia fué y es programa del «arte dirigido», capítulo casi indispensable del Estado totalitario, capítulo de fracaso inevitable en lo estético por el fallo de un soporte que la nueva disciplina, la «sociología de la música», considera como clave: grupos reales, vitales, no creados anticipadamente como «consumidores de espectáculo», sino como productores, protagonistas de un nuevo concepto de público.

En las que llamamos, para entendernos, Escuelas Profesionales y Técnicas, la música «viva» debe desempeñar un papel importantísimo, que da «sistema» a lo que, hasta cierto punto, es herencia, y en algunos casos, herencia gloriosa. La dirección solamente política de la Sociología durante tantos años ha visto ciertas cosas parcial y batalladoramente. Por ejemplo: es un hecho que, hace poco menos de un siglo, frente al anarquismo, el socialismo se presenta con mayor orden, con mejor plan, porque, en tiempos de extendidísimo analfabetismo, la minoría que lee es, por eso mismo, grupo efficacísimo. No es casualidad, sino estricto dato «sociológico», el que Pablo Iglesias fuera obrero del «arte de imprimir», y lo mismo los más eficaces de sus compañeros: oficio distinguido porque exigía leer, y «leer con sentido». Pero, que yo sepa, a nadie se le ha ocurrido señalar que el simpático Julián de *La verbena de la Paloma* dice cosas tan bellas y hasta tan distinguidas como aquello de que «también la gente del pueblo tiene su corazoncito y lágrimas en los ojos y celos mal reprimidos», porque es un «honrado cajista que gana cuatro pesetas y que no debe na»: porque sabe leer y escribir. Y si sainete como ése vale, incluso, como expresión amorosa en lo musical, mucho más que el pálido italianismo de muchas zarzuelas, es porque allí hay sangre verdadera que sueña de veras, y acá, en tanta

zarzuela, sentimentalismo de segunda mano, del de «quiero y no puedo».

Algo de tanta categoría musical hace años, como los orfeones y las corales, han nacido de ese artesano distinguido que era ya, hace ochenta años, «cuarta clase», porque acarrea escuela, lectura y ambición. Un corte transversal a la revuelta e Industrial Barcelona de hace los mismos años nos señalaría un peonaje de aluvión, fácilmente anarquista, y un tipo de artesano, creador de la gran música coral catalana, obrero fabril, más posible revolucionario hacia el mañana que agitador, ambicioso al mismo tiempo de cultura y de señorío, muy ligado con su tierra, cantor, sí, de canciones populares, pero no menos de Bach y de Beethoven. Ampliando el dato fuera de lo musical, creo que si el desarrollo económico europeo ha hecho posible un socialismo no marxista, un partido de gobierno, con alienaciones, sí, pero también con logros muy positivos; sí, no a la inversa, sino al lado, viejos partidos católicos han podido ser protagonistas de diálogo y de tensión por obra de una incorporación de obreros de la «cuarta clase», la causa está en esa acumulada herencia de recepción para las cosas del espíritu y, en primerísimo lugar, para el espectáculo.

Cuidar, pues, la música viva en esa enseñanza es capital para un mañana «desarrollado». Yo matizaría mucho lo de «Concierto especial» para ellos, pues sí, por una parte, necesitan una mayor preparación de retaguardia de la sensibilidad, por otra su dignidad y su función de levadura sólo pueden cumplirla como espectadores habituales de la ópera, del teatro, del concierto; muy inteligentemente realizan esto los grandes teatros de Viena, ciudad de mayoría municipal socialista en Ayuntamiento riquísimo de medios. Lo significativo es que en los Municipios alemanes de mayoría cristiana la política del espectáculo, con ciertos matices de un mayor conservadurismo, es semejante. Se insiste siempre en la triste, irritante, política artística del marxismo ruso, y han sido los artistas verdaderos primeros protagonistas de la protesta, pero no debe olvidarse que aun en los tiempos agitadores y agitados de la socialdemocracia alemana el empeño por lo cultural, y de una manera especial por la música, fué un fermento de indudable categoría que iba desde el extremo de Berthold Brecht hasta las sabías, ponderadas, vanguardias de directores como Bruno Walter o Erick Kleiber.

### LA MUSICA EN LA ENSEÑANZA SUPERIOR

Separo lo referente a la Facultad de Filosofía y Letras, para tratarlo más adelante como uno de los grados finales de la «profesionalidad». Es indudable que, dentro de una concepción «viva», renovada, del «studium generale», la música debe

desempeñar su papel. No con primacia, pero sí como uno de los indispensables capítulos de lo que el ambiente universitario debe aportar al mundo del espectáculo. El mundo universitario, desde su «teatro leído» hasta sus «conciertos especiales», debe desempeñar un típico papel de vanguardia, típico porque no sólo es el riesgo como tal, sino el riesgo en lo que puede tener, ya se nos entienda en la acomodación del lenguaje, de «profecía». Pero esto mismo nos remite también a un capítulo posterior sobre la comunidad entre los estudiantes de la Escuela Superior de Música y los universitarios.

Este capítulo de «vanguardia» en el mundo del espectáculo se abre también a la historia: no pocas veces, en música hoy muchísimas, es fundamental un mismo grupo de entusiastas para lo antiguo y para lo actual. Las dos cosas son levadura para el espectáculo normal ante el público:

lo que supone el concepto de «Cine-club» vale, y no sólo para el cine. Téngase en cuenta, además, que esa porción necesaria de «música viva», llámese coro universitario o como se quiera, tiene que nutrir su repertorio de las dos fuentes.

Una prueba bien clara de esa misión como misión cumplida la tenemos en cómo algunas ciudades universitarias españolas han continuado y rehecho las antiguas «Sociedades de Conciertos», menesterosas de local, de ambiente, de medios, y da muchísima alegría que el concierto mensual e importante convoque a lo mejor de la ciudad bajo el título genérico de «Agrupación musical universitaria». Insisto, sin embargo, en que esto entra también dentro de ese capítulo que estudia la relación entre Conservatorio y Centros de Enseñanza, entre Conservatorio y público.

(Continuará en el próximo número.)

## Educación y Desarrollo Económico (\*)

JOSE ANTONIO PEREZ-RIOJA

Director del Centro Coordinador Provincial de Bibliotecas y de la Casa de Cultura de Soria

### II

#### LA EDUCACION FACTOR DE DESARROLLO ECONOMICO: OBJETO DE CONSUMO E INVERSION RENTABLE

Cualquier tipo de desarrollo es un medio de satisfacer o desplegar aspiraciones humanas. Es un proceso de superación realizado por el hombre en su goce o dominio de la Naturaleza, que él usufructúa como un patrimonio que le es dado a la vez que la misma vida.

El desarrollo económico—crecimiento del poder productivo y adquisitivo—supone un triple

proceso: la acumulación de capital físico y social, la evolución técnica y la superación humana, lo que significa consiguientemente una elevación de la productividad, la creación de nuevos bienes y la extensión de los conocimientos con un mayor despliegue de las facultades del hombre.

Cualquier clase de desarrollo—para que sea pleno—ha de suponer armonía, gracias a una sincronización de impulsos que conduzca a una resultante de estructuras y de funciones—económicas, morales, sociales, culturales, etc.—que lo integren. En este sentido, el desarrollo de una comunidad, de un país, viene a ser la progresiva racionalización de su proceso histórico, político y social.

El desarrollo económico—perfección del quehacer productivo para alcanzar situaciones generalizadas y progresivas de mayor consumo y

(\*) La primera parte de este trabajo del Coordinador de Bibliotecas de la provincia de Soria se publicó en el número anterior de la REVISTA DE EDUCACIÓN (n.º 158, diciembre 1963, págs. 123-127).